

BOLÍVAR

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA APERTURA DE LA EXPOSICIÓN BIBLIOGRÁFICA SIMÓN BOLÍVAR

BLAS PIÑAR, ALEJANDRO PERDOMO FERMIN
(ED.)

Dicen los filólogos que Bolívar viene de *bolum* que significa molino, de *var* que significa rivera. Había ya como una profecía en este apellido que cuajó de un modo completo y definitivo cuando aquel Simón Bolívar, remoto antecesor del que ahora recordamos y que fue contador de la Real Hacienda, llegaba a Caracas en el año de 1587. Aquel molino, de *bolum*, molino, se había cansado de mover sus aspas al compás de las prisas del norte y de los vientos del sur que azotaban su tierra natal. Había querido aquel molino desenraizarse de la tierra, de expresarse y volar todo entero y no con sus aspas solo, al soplo de una mañana cualquiera. De *bolum*, que significa molino, y de *var* que significa rivera porque ahí estaba muy cerca el mar ancho, amplio, difuso, esperanzado en un verde ilusiones como una constante incitación a la aventura y los Bolívar se marcharon a América.¹

1. «Opinan algunos historiadores que Simón de Bolívar, el Procurador, al venir a América adoptó por apellido el nombre del lugar donde estaba asentado el solar de su linaje: la puebla de Bolívar en la ante-iglesia de Cerranúza del señorío de Vizcaya, costumbre muy generalizada entre militares y eclesiásticos en la época en que el Procurador pasó a la Española». Luis Alberto Sucre, *Historial genealógico del Libertador* (Caracas, 1930), pp. 26-27.

Alguien ha dicho que en la América nuestra hay como una fuerza telúrica que va atando y anudando al hombre con el suelo, que el español que llegó a América, la América nuestra, y el criollo hijo de españoles, nacido allá en América, acabaron creyendo a aquella tierra como suya. Y aquel español, español de origen, español criollo nacido en América, fue sintiendo en su alma que aquellas culturas quechua, inca o azteca eran como culturas propias que se habían traspasado en la sangre. Sea esto así o sea mejor que el hombre español a base de tener un pozo cristiano en el corazón del alma, que se había ido sedimentando en el curso de los siglos, cuando llegó a América sintió que amaba a las cosas con la caridad fraterna de un Francisco de Asís.

Lo cierto es que ese español a fuerza de caridad, y a fuerza de amor, amó y entendió profundamente aquella tierra que había descubierto y que él estaba habitando. Sea cierto lo uno o sea cierto lo otro, la verdad es que el español que llegó a América se hizo americano de cuerpo entero. Él fue haciendo que naciesen y se fundasen Españas nuevas y hablamos en América de una colección de Españas novísimas que se llaman Nueva Galicia, que se llaman Nueva Extremadura. España americana se les hizo presente fundando ciudades que tenían nombres españoles y surge Cartagena de Indias y surgen los Trujillos y Santiago llenos de adjetivos, Santiago de los Caballeros, Santiago de León, Santiago del Nuevo Estrecho y con estas Españas nuevas nacen también los españoles nuevos. Es entonces cuando España se hace verdadera Hispanidad.

Por eso, porque se hizo España Hispanidad fue por lo que España nunca se marchó de América como se marcha un país colonial en el momento en el que la metrópolis rompe con los países nuevos que acaban de nacer. Lo que se marchó de América, señores, fue nuestro aparato político y administrativo que, no nos engañemos, estaba corrompido y ya no servía.

Se marchó ese aparato político y administrativo de España pero España se quedó y se quedó de tal forma España allá que cuando hoy hablamos con razón de países hispanoamericanos con

independencia y con soberanía, aquello que perfila y [perdura] a estos países está en la religión, en la cultura, en el sentido de la vida, en la lengua, en la historia, en la ilusión por el mañana y cuando estos pueblos tratan de afirmar su independencia y su soberanía frente a presiones extrañas de cualquier tipo, hay que acudir forzosamente a enaltecer y poner de relieve esos valores que España, hecha Hispanidad, fundió y transfundió en América. Hoy estamos recordando aquí a uno de estos españoles nacidos en América, a un criollo, a un español entero y completo, de temperamento y de porte. Tan español que alguien le ha comparado a nuestro señor don Quijote y quizá en la comparación el discípulo ha hecho algo más que el maestro porque nuestro Don Quijote cabalgó lanza en ristre para enfrentarse con los molinos de La Mancha pero como Bolívar, según la etimología de su apellido, era ya molino.

Fue él, Bolívar, el Libertador, el que como un molino, al igual que sus antepasados de Cenarruza, se levantó y se descujó de la tierra y montado a caballo, como dibujan los escultores y lo ofrecen a la contemplación de nuestra mirada, fue recorriendo América invitándola a la emancipación e invitándola a la unidad porque yo creo, que se olvidó un poco al principio, que cuando Simón Bolívar invitaba a los pueblos americanos a la emancipación, los estaba también invitando a permanecer en la comunidad y cuando sonó aquel grito de conciencias mezquinas en toda América, que decía ¡libertémonos de nuestros libertadores!, a ese mismo tiempo, simultáneamente, Bolívar convocaba aquel Congreso de Panamá en que el, con ilusión, trataba de hacer la Anficciónía una comunidad de pueblos en las que juntos viviesen países, según su frase, que estaban ligados por tantas vinculaciones históricas.

Yo no trato hoy aquí, en un discurso breve, de aportar datos que prueban hasta la saciedad cuál era la auténtica idea del pensamiento bolivariano porque además esta exposición está llena de libros y de documentos donde vosotros podéis satisfacer esta curiosidad. Lo que yo os digo es que el pensamiento bolivariano

está vigente como lo estaba vigente en la fecha de la independencia americana. No solo que está vigente, sino que ha cobrado mucha más fuerza porque aquellos argumentos de carácter político y de carácter histórico, hay que unir ahora los argumentos que nos ofrece el desenvolvimiento de nuestro siglo y el desarrollo de la técnica y de la economía.

Fijaos que cuando se rompe el imperio como fórmula jurídica, se quiebra también todo el sistema circulatorio hispanoamericano. Las potencias extrañas, que tenían puesta su mirada en América, estaban deseosas de hacer llegar allí corrientes comerciales de las que ellas eran patrocinadoras y en cuanto se produce el hecho político de la independencia, centros comerciales poderosos y fuerzas económicas casi omnipotentes se consolidan en América y llega un instante, por paradoja, en el que conseguida la independencia política de los países americanos, que tienen su himno, su Constitución y su bandera y su gobierno, están mediatizados por esa política económica de países extraños que acaban convirtiendo la soberanía política en una pura máscara o careta detrás de la cual los que se llaman servidores del país se hallan al servicio de intereses económicos y comerciales extraños.

Cuando transcurre el tiempo, y los países maduran, y se dan cuenta de que no puede existir auténtica soberanía política sin que exista una cierta independencia económica que no supone la autarquía inasequible pero sí la dignidad en el trato, entonces se produce esto, a lo que hoy asistimos, a este nuevo despertar de América, ésta nueva independencia, ésta nueva emancipación que trata de consolidar definitivamente la autonomía en el terreno político o la independencia en el terreno económico. Y ahora vamos a preguntarnos, sin embargo: ¿Es posible que este pensamiento bolivariano, que tiene el refuerzo del argumento económico, que esta independencia en lo económico de nuestros pueblos se consiga por cada uno de ellos aislado?

¿Es posible que nuestros países con fuerzas económicas débiles puedan lograr por sí mismos, solos, separados, independientes los unos de los otros, la independencia en el terreno político sin la

cual la independencia en el terreno económico, sin la cual no sirve para nada la independencia en el terreno político? La conclusión a la que llegamos es resueltamente que no. Y tenemos que decir que no, que no puede lograr cada país su independencia económica, sin la cual no sirve la independencia política por sí sola y no sólo lo decimos con argumentos de carácter especulativo, sino con hechos concluyentes y de la vida de hoy cuando nuestros países, aislados, quieren, sin conexión con los otros, lograr esta independencia económica, acaban cayendo en la órbita y en la jurisdicción de monopolios económicos que, además de dominarlos, les pasan la factura imponiéndoles ideologías políticas, ideologías de otro orden, que son precisamente de carácter marxista.

Pero como por otra parte es claro que nuestros pueblos no pueden renegar del movimiento independentista en el orden económico, no por puro capricho, sino porque esta corriente en pro de su independencia económica es urgente y necesaria para elevar el nivel de vida de nuestros pueblos y clases humildes porque ya no es posible que los países hispanoamericanos sigan siendo los proveedores semigratuitos de materias primas para países industriales, vendiendo productos a precio bajo para que estos países industrializados una vez los manufacturan, se los vendan a precios caros.

Como es necesario que esta transformación social en nuestros pueblos se produzca, hemos de concluir que si, por una parte, cada país aislado no puede lograr su independencia económica y si, por otra parte, el logro de esta independencia económica es requisito *sine qua non* para que el nivel de vida de nuestros pueblos se eleve, es evidente que esta empresa de la independencia, de la liberación económica, complementa una gesta emancipadora en el orden político, únicamente pueda lograrse cuando nuestros pueblos se junten, cuando la empresa sea fraterna, cuando el cometido sea conjunto.

Veis ahora cómo el pensamiento bolivariano tiene vigencia, cómo aquel pensamiento que tenía vitalidad entonces hace 150 años la tiene mucho más hoy día con esta poderosa argumenta-

ción de lo técnico y de lo económico. Y aún cabría otra pregunta, ¿es que España puede permanecer ausente en este movimiento integrador de las economías iberoamericanas que ya comienza a producirse. Es que, con independencia de su papel en el orden histórico y en el orden doctrinal, España por sí misma en su economía no tiene nada que hacer en este orden de cosas.

¿Acaso España y nuestra península no es la América de Europa, no es la cabeza de puente americana en este continente, no es como un depósito franco y abierto de mercancía americana para Europa? Es que nuestra economía no puede de ningún modo completarse con la economía iberoamericana, es que no existen productos españoles que puedan llegar a América y productos americanos que puedan llegar hasta nosotros. Es que vosotros, que pertenecéis a una ciudad productora e industrial, preocupada del tema mercantil y económico, no está interesada en que una vez para siempre nos fundamos, no solo en lo espiritual, sino también en el terreno de lo material, sin lo cual el espíritu muchas veces desfallece y se desmaya.

Pero no soy yo, que no entiendo de estas cosas, el que puede daros fórmula, que he aquí la interrogación, la invitación, la sugestión y el llamamiento, y sois vosotros con vuestra experiencia, vuestro patriotismo, y por qué no decirlo, con vuestro interés, los que tenéis que dar la respuesta justa y exacta. Lo que sí puedo deciros hoy para terminar, teniendo ante nosotros el retrato de Bolívar, es que Bolívar se equivocó una vez, muy cerca de su muerte, en aquella casa del español generoso que después de tantas aventuras lo había recogido en su casa. Decía Bolívar que él pensaba, al final de los tiempos, que su esfuerzo era inútil, que él había arado en el mar. Bolívar se equivocó, Bolívar no había arado en el mar, Bolívar había como el buen campesino, arado en la tierra, abierto el surco en el suelo. Lo que pasa, señores, es que que en las cosechas históricas los ciclos temporales son muy largos, y es hoy, al cabo de 150 años, cuando comenzamos a recoger el fruto. Nada más.

«Discurso pronunciado en la apertura de la Exposición Bibliográfica Simón Bolívar, con motivo del II Certamen Internacional de Cine Documental Ibero-Americano y Filipino, organizado por el Instituto Vascongado de Cultura Hispánica», Bilbao, 1960.